



FOTOGRAFÍAS DE BENJAMIN PEÑA CHACON, GABRIELA R. PEÑA D., Y JUAN VILLAVICENCIO. PERIÓDICO PUNTO Y APARTE DE TECATE
[HTTP://PERIODICOPUNTOYAPARTEDETECATE.BLOGSPOT.MX/2012/03/CAMPO-ALASKA-EN-LA-RUMOROSA.HTML](http://PERIODICOPUNTOYAPARTEDETECATE.BLOGSPOT.MX/2012/03/CAMPO-ALASKA-EN-LA-RUMOROSA.HTML)

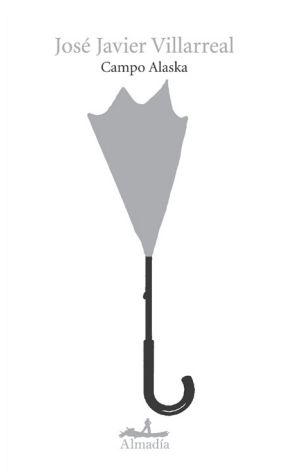
Nieve ahí.

Sobre *Campo Alaska,* de José Javier Villarreal.

~ DIANA GARZA ISLAS

Quienes hemos leído *La Iliada*, no hemos podido olvidar estas líneas iniciales: “Canta, oh Diosa, la cólera del Pelida Aquiles”. Quienes conocen *La Fábula de Polifemo* y *Galatea* de Góngora tampoco han olvidado sus: “Éstas que me dictó, rimas sonoras / culta sí, aunque bucólica Talía.” Esta tendencia de las obras clásicas por los incipits que parten de una interpelación al dios, al ángel o a la voz, late en *Campo Alaska*. Este libro abre con una reflexión sobre el poema como algo que es ciento por ciento inspiración y tanto otro de arquitectura: “Los que dicen saber aseguran

que la primera línea de un poema llega dictada por los dioses, / después el poeta tiene que ir levantando el resto, excavando las zapatas, amarrando los castillos, / trazando con la plomada ese pequeño horizonte que dará nivel a la construcción.” El poema no se queda ahí, es precisamente lo que viene después de esa línea, el poema es lo anexo: “el poema está ahí acompañando ese primer verso, / esa frase inspirada, dictada por el ángel;” no es sólo eso divino, sino lo que se construye también como materia: “El poema está ahí, en el cielo, brillando con todos los materiales propios de la Tierra.”



Título: *Campo Alaska*
 Autor: José Javier Villarreal
 Edita: Editorial Almadía
 Año: 2012

**EN CAMPO ALASKA, ESCRIBIR
 SERÁ TRADUCIR ESE NO PODER
 NO VER ESA JOYA, AHÍ, EN MEDIO
 DEL CAMPO DE HIELO, COMO
 NIEVE SOBRE BLANCO.**

En los diez apartados de este libro se traza una ruta de transformación de la materia: de la voz en carne, de la carne en hielo y del hielo en número, un diez, por ejemplo, base del algoritmo que construye este fuerte y manicomio y museo que es *Campo Alaska*, y que, como toda obra verdadera, contempla su propio desdecirse, su inminente destrucción.

UNO, ESCRIBO UNA PALABRA

En los cimientos, escribir. A razón misma de su inutilidad, persistir en la escritura, a pesar de todo: “Ahora que lo tengo todo volver a vaciar los bolsillos, / llenar la mesa de papeles inútiles y escribir en ellos palabras inútiles / para hacer tiempo, un tiempo precioso, ahora que lo tengo todo.”

Escribir ante un todo que se instala ahí, como una gema innegable, pero también inasequible: “Atravesar un pasillo, abrir una puerta, / estar frente al espejo y no reconocer nada. / Retirar la corbata, la camisa, el pantalón. / desnudar un cuerpo como quien medita una idea, / como quien se queda dormido, / como quien hace de cuenta / y bajo ese absurdo que brilla tan alto / descubrir una gema y no poder inclinarse.” En *Campo Alaska*, escribir será traducir ese no poder *no* ver esa

joya, ahí, en medio del campo de hielo, como nieve sobre blanco. Escribir será como construir el mapa de esta zona incolora, como lo que haría un cabalista ante el Libro: “Así, inclinado sobre la mesa, buscando un punto, una estrella o asterisco, / una coartada para dejar de ser quien se es, / para huir y amanecer muy lejos, con otra dirección / y otro nombre, con otras medidas, quizás más delgado y un poco más alto; / con más tiempo, con otra actitud, pero con un mapa siempre en la mano.” Escribir será aquí la búsqueda pero también el lugar donde se busca. ¿Qué? Todo lo que *se haya*.

Osamentas y lanzas, polvo y vasijas, *dinosaurios que se rascan la cabeza*. Y entre la luz y el azul: la sopa y su mosca, esa que viene a espabilarnos, como un pabito casi encendiéndose, como el pelo que se instala casi ahí, y que en su no deber estar, realza la belleza y la realiza. El brillo de ese cabello en lo más hondo de un plato donde se cultiva un caldo de nieve —aunque, dice José Javier Villarreal: “Un paisaje de nieve / y mil flores / no bastarían / para mantener secas las mangas de mi camisa.” En *Campo Alaska* es así, habrá nieve y oro, pero no faltarán los pelos en la sopa, no faltarán mangas mojadas y el sudor, todo eso que embosca a la realidad para, *precisamente*, realizarla en poesía.

DOS, EN LA ESPESURA DE UN BOSQUE

Dicen que a la belleza la ronda la muerte, que algo verdaderamente bello no puede exentarse de su aura de tristeza. En *Campo Alaska* esto ocurre también. A sus gemas—ahí las asecha la nostalgia, es la nostalgia de algo que se ha ido, o que nunca estuvo, pero sigue: “Al amparo de lo que ya no es ir abriendo las puertas, una tras otra, / para sólo encontrar lo que falta, lo que ya no está, y tercamente permanece.” Aquí se trata, sobre todo, de *esa* nostalgia: no de lo que ha sido, ni de lo que nunca ha sido, sino de lo que es. Y lo que es aquí es lo blanco, las palabras; ellas, que se aparecen en la sopa y hasta en el mantel, ese que en un susurro nostálgico de sobremesa *ondea como queriéndole dar vuelta a la página*.

Imágenes así asoman en *Campo Alaska*, recordándonos que las cosas están demasiado vivas, que nosotros mismos estamos demasiado vivos y vestidos con demasiado cuerpo, un cuerpo que aterriza de tan ajeno y tan real: “Ahora me sumerjo en aguas infectadas de tiburones; los alcanzo a tocar; / al salir cuento cinco dedos en cada una de mis manos.”

Esta imagen cimbra un terror: nada hay que supere a la realidad de las manos. O sí, existen el hastío y el tedio. En *Campo Alaska* no se olvida a estos dos cómplices, los más fieles: “No hay descubrimientos o tesoros que compensen el tedio de mis viajes,” dice José Javier Villarreal, pero, aunque así lo repita en varios momentos de este libro, afirmará también el sí y el irse, *Con la convicción del que se aleja como si ya se hubiese ido*. Irse aquí significa irse, pero también acusar lo inútil de ese gesto cuando se sabe que siempre se ha estado, como hubiera dicho Kafka, *lejos de aquí*. Y no hay gran paradoja, como dice el autor de este libro, esto es “Así de simple, como clavar un tenedor en la carne que no te has de comer.”

Junto a este gesto nostálgico de la voluntad por el desperdicio, está también su opuesto, el no atreverse, un *no* asumido: “Como el que nada dice / porque nada sabe. Como el que se queda encerrado con la llave en el bolsillo. / Como el que se muere de frío / en medio de tanto verano. / Como el que no se acerca / porque se muere de ganas.” Es justo aquí, en este sí y no, tensión superficial que sostiene al deseo, que se instala el hartazgo, eso que nos limita a decidir entre una u otra cosa que son la misma. El hartazgo de, aunque podemos ser otros, siempre ser *uno* el que lo dice: “Acondicionado

y sin crayones; sin nadie, a no ser esta compañía, este conmigo mismo que ya me saca de quicio.”

Diría que el símbolo del *desquiciamiento* en este libro está representado en la corbata, una palabra que aparece varias veces en alusión a lo asfixiante del mundo, de lo que anuda la voz, obligándola a callar: “con la espera que se descuelga de su alambre y te musita / y sube de prisa sabiendo que no es conveniente tanta familiaridad, tanto cuchicheo / que escurre por la corbata al momento de ajustarte el cinto y ver que ya no puedes, / que eres otro en otra circunstancia, pero con la misma obsesión, y lo que es todavía peor: / con el mismo dolor de principio a fin.” La corbata, esa prenda que encorseta la nuez y ajusta al hombre una camisa de fuerza o disfraz de *No Es*, funciona aquí como símbolo obvio de lo irrespirable del día a día, donde prevalece el dolor y la tristeza: “Estoy tan triste y *mi reino / es de este mundo*, lo guardé tan bien que no lo encuentro.”

Estas dos líneas, que de tan hermosas parecen las de un niño, conmueven a una pregunta maternal: *¿dónde se te perdió tu reino?* A lo que una vocecita ya responde: *no sé, en el otro pantalón*. Y aunque este diálogo pueda parecer inocente, no es ninguna tontería el hecho de que aunque ese pantalón existiera, aunque ese reino existiera, no se podría decir dónde, no se podría decir salvo que existe, que es, aunque siempre nunca está.

TRES, AHORA QUE NO ESTÁS

El título de esta tercera sección, mueve a una pregunta obvia: *¿Quién?* Pero a esto no se puede responder todavía, tal vez no se pueda responder tampoco al final del libro, ni, pecando de dramática, nunca. En *Campo Alaska* hay algo que brilla por su ausencia. Hay una imposibilidad de decir lo que es: “es un mundo que se reúne a contemplarte, a hacerte compañía / a compartir contigo su frágil y quebradizo miedo bajo / un cielo cuya belleza aquí no se describe.”

Este libro nos quiere plantar ante una belleza absoluta, ineludible, y que por eso mismo resulta inaludible. Hay aquí algo que no se puede decir, pero se espera. Dice el autor: *era sentarse y esperar*. Esto mueve al lector a preguntarse a lo largo del libro *¿qué?* Y se especula: será *¿la primera línea?* *¿Dios?* *¿la escritura?* *¿Ella?* *¿Tú?* Se podría responder provisionalmente que sí, se trata de tú. Es tú quien no aparece: “Es otra vez

la rutina de deambular por cuartos y pasillos / y saber que, aunque la noche sea tan larga, no has de aparecer / así cierre los ojos y permanezca en silencio.”

Se trata aquí de una búsqueda circular, de una búsqueda del tú que me busca: “Era por / demás, me llamaban / y yo acudía. / La obra continuaba; no se veía llegar la hora de salida, de abandonar / los diurnos horarios y correr a tu lado para descubrir el mismo hoyo, / la misma gruta, la red de túneles, donde incansable, todas las noches, te voy llamando.” Eso está claro, te llamo a ti. Pero eso no responde la pregunta incómoda *¿quién es tú?* Tal vez como respuesta, esta estrofa: “Es apenas una duda [...] / la ausencia de algo que se acentúa con la noche / o simplemente se trate de otro día con su espada y su manzana, / con su castillo inmenso donde, por más que buscas, / no encuentras huso o rueca donde pincharte el dedo.” De entrada se puede responder que se busca a ninguna princesa; tal vez, lo que se busca es ese más allá del castillo, ese estado fuera del tiempo, fuera del peso, tal vez lo que se busca es un sueño, o más precisamente, su levedad.

Y no sólo. No se trata del sueño como escapatoria de la vigilia. En *Campo Alaska* hay una coexistencia. Aunque aquí se grite lo asfixiante de la realidad, ella será, también, el único lugar posible para la revelación.

CUATRO, CON TODA LA VIDA POR DELANTE

El Campo Alaska que no es este libro es un sitio medio en medio de la nada que ha funcionado como cuartel, como hospital, como manicomio, como escuela y, ahora, como museo. Campo Alaska es un cúmulo de ruinas al que para llegar hay que desviarse mucho para ver muy poco o nada. Escribe José Javier Villarreal: “No hay nada que ver en Campo Alaska. / Pero una vez que te has ido y extraviado los folletos de información / que te dieron. Cuando apagas la luz y cubres tu cuerpo con las cobijas de tu cama / te das cuenta de lo mucho que hay entre esas ruinas, de lo que no alcanzaste a ver, / y ahora te acompaña.” *Campo Alaska*, el libro, es también un poco así, un túmulo de palabras-ruinas donde lo cotidiano convive con algo que *no se alcanza ver*, pero que brilla en su ausencia. Como ocurre en Campo Alaska, el museo, donde se envitrina a las piedras *en cajas de cristal que no se distinguen de las que yacen afuera*, en *Campo Alaska*, el libro, hay palabras que se parecen a esas piedras, palabras o frases enteras que parecen ser lo que son pero cuyo valor radica ahí, en saber pasar desapercibidas. Si hay algo en *Campo Alaska* son esas palabras-gemas, que podrán ser descubiertas sólo bajo cierta mirada, como en las pinturas anamórficas.



En este libro se trata entonces de hallar y de hollar en lo invisible. Y de qué si no se trata la escritura y el arte. Lo había dicho ya Paul Klee: *el arte hace visible lo invisible*. Lo que se requiere aquí es un lector que él mismo sea un artista, un lector que escriba, si quiere acaso encontrar esa aguja que visibilice lo que habita en el pajar alásquico. El autor del libro da una pista para hacerlo, cuando escribe: “Es tan poco lo que realmente sabemos y menos todavía lo que recordamos / en este hueco, en este vacío tan grande que ha dejado aquella piedra. / Es el viento, y no la piedra, el que viene y nos lo explica.”

Si analogara a la palabra con la piedra, se entiende que no es con otras palabras que entenderemos el sentido de las palabras. Es lo móvil, y lo no fijo, lo que significa. Es, no lo que permanece sino lo que siempre *ha de pasar*. El viento, y no la piedra. No la palabra, sino lo que la palabra no es. Así como: “Era tanta la gente que ahí se congregaba / que los dioses, como el río, pasaban entre ellos / casi sin ser notados,” así como esos dioses invisibles, estas palabras podrían pasar sin que nadie las note. Creo que ahí radica precisamente su riesgo y su virtud.

CINCO, EN LA MISMA HABITACIÓN

Pero no todo es tan terriblemente metafísico en *Campo Alaska*. Como ha dicho Paul Éluard: *hay otros mundos, pero están en éste*. Y en este libro hay también una fuerte presencia de lo mundano sin más, del descreimiento, un poner en duda lo mágico o ese afán enfermizo de querer encontrar señales en todo. Como ejemplo, el poema que abre el quinto apartado, donde un reloj se detiene y la voz se pone a especular si acaso esto ha pasado porque sucedió a esa hora algo inédito, o ha madurado una idea, o una carta se envió finalmente, o un teléfono ha sonado en una habitación a oscuras, hipótesis que se vencen ante la maravillosa realidad de una batería que caducó, de una maquinaria que simplemente detuvo su marcha ese día.

Hay en *Campo Alaska* un deseo por desnudar al mundo tal-y-como-es. Así, en un mismo poema pueden convivir “un trozo de piedra en la cabecera de tu cama / una

diadema de plata en el cesto de la ropa, / el callado temblor de un topacio entre los platos, / una pepita de oro en el cajón de los cubiertos con sofisticadas y jóvenes sirenas en la regadera de tu baño y con los cables, los abanicos y almohadas, / la tostadora del pan y la televisión, la estufa y la secadora,” todas en este “pequeño mundo con su calle y su número, su colonia, su código postal, que no cesa de esperarte.”

En *Campo Alaska* lo cotidiano y lo maravilloso se dan en una coexistencia que creo sintetizada en esta imagen hermosa, no exenta de ironía: “Junto al recogedor siempre estaba la escoba: / la misma relación entre la carne y el alma.” Ante estas cosas, uno no puede evitar hacerse esa pregunta necia: *¿Qué es la realidad?* De este libro yo derivó una respuesta: realidad es ver una gota de sudor que escurre por la espalda, mientras pensamos en ese espacio

diminuto donde pudiéramos ser lo que ya somos. Realidad es ver esa gota mientras imaginamos un *claro*, un asentamiento que es también asentimiento. Creo que la realidad sería eso, si algo acaso es, aunque *Campo Alaska* opones sus peros: “pero ahora no traemos nada / a no ser este cuerpo, esta ropa que nos oculta y protege, / la voluntad de sentarnos, pararnos, tomar un café o seguir / —con fingida atención— una plática, una ingeniosa disertación / mientras buscamos allá, afuera, o aquí, adentro, eso que se nos ha

perdido, / el espacio tan pequeñito, y solo donde solemos estar.”

Realidad podría ser, me respondería yo a partir de esta lectura, la búsqueda misma de la nieve, de un iglú que nos sea hogar, aunque la idea de hogar nos parezca de antemano, irrealizable.

SEIS, DONDE LA NIEVE HABRÁ DE CAER

Este apartado se forma de un solo poema que podría leerse como el texto medular de *Campo Alaska*. Aquí es el momento de la nieve, del milagro que no sucederá. Seis es la promesa de lo que no llegó a ser, es un canto al desencanto. La nieve será aquí símbolo de lo estéril y

**LA NIEVE SERÁ AQUÍ
SÍMBOLO DE LO ESTÉRIL
Y LA MUERTE, QUIÉN
ES FINALMENTE ELLA,
PERSONIFICACIÓN DE
QUIEN NOS RECLAMA Y
ACOTA A LA VIDA COMO
CADUCABLE, ESO ÚNICO
REAL, ESA GOTA, ESA
GEMA: MORIR.**

la muerte, quién es finalmente Ella, personificación de quien nos reclama y acota a la vida como caducable, eso único real, esa gota, esa gema: morir. Aquí concreta la ruta de la materia que venía proyectándose: de la impresencia a la presencia invisible en las primeras secciones, a la intuición de la muerte de aquí a la última.

SIETE, EL DÍA NO AMANECIÓ

Este verso lo dice todo: “Pero el soplo divino, / por más que el viento mueva las ramas, / no aparece.” La muerte es aquí el día inamanecido, la poesía no habida. Mas, hay algo que está, sobreexistiendo a la ausencia del soplo: la vida de los utensilios y su función de hacernos a un lado: “Esta silla no descansa, / nunca deja de ser silla [...] / La silla sigue en su actitud de silla / ni humilde ni orgullosa / ni excesiva ni vulgar; / así pasen tantas cosas y otras muchas dejen de pasar, / esta silla, en su rincón, no dejará de ignorarme.”

Aunque el día no amaneció, no por eso sus gallos dejaran de cantar, “sus gallos perdidos en la niebla que cantan a cualquier hora, en cualquier parte / a sabiendas que cualquier hora y cualquier parte no existen.” En un día así, en un mundo así, el poeta se queda como el ave matutina, cantando sin qué ni para qué, cantando como un narciso cualquiera mirando “la superficie de un estanque que no es un estanque / sino el cristal de una ventana donde un hombre contempla un parque.” Así como así.

OCHO, COMO LAS ESTRELLAS DEL CIELO

Y aunque el día no amaneció sabemos que amaneció siendo miércoles. Sabemos que Tú no existes pero tú eres tú. En este punto del camino, el poeta se quedará solo con sus palabras, como *la conciencia de mi cuerpo cuando tú no estás*. Y a pesar de que no le quedarán sino palabras, existe, se quiere creer, la posibilidad de que ellas se vuelvan, como los sueños, realidad; desde ahí se plantea cierta postura, incluso, política: “Si juntáramos palabras podríamos levantar un muro o un jardín [...] / ¿Qué no estaba antes, qué hay ahora que no estaba antes? / Antes había un país que parecía un jardín que ahora semeja un muro [...] / importa que las palabras se conviertan en un muro o en jardín.”

En *Campo Alaska* ocho es la inflexión, el *ouroboros* de creer que estas palabras pueden autosustentarse y *sustentar* a la realidad. Ocho es creer que las palabras

pueden trascender, no en un sentido espiritual o histórico, sino para convertirse, llanamente, en carne y hueso, como las estrellas.

NUEVE, NO SABÍAMOS ESTAR SOLOS

Pero muro o jardín siguen siendo máscaras de tú, ésa es la médula de lo alásquico, eso que nunca termina por estar, ese tú anónimo que supera todos los rostros y las multitudes con sus pancartas y plazas y altavoces, pues como escribe José Javier Villarreal en este poema: “no sabíamos estar solos; / eso ya lo sabíamos / como sabíamos tantas cosas [...] / mecanismos que desfilaban / por nuestros cuerpos, / que tomaban las calles / y se plantaban en las plazas / con sus demandas y falsas profecías; / pero allá en lo alto / como una columna de humo, / o allá a lo lejos, / como una zarza, / o ya de plano, / como un inmenso mar que se abre, / aparecías tú / y toda esa población / terminaba por perderse / como estúpidos preceptos, como falsos testimonios / de una soledad que no existía.”

Se sabe ya: la soledad no es posible. *Campo Alaska*, en su no estar estando, nos alumbró sobre esto: en realidad no estamos solos, nos une la destrucción, ese apocalipsis que nos enseñaron a esperar desde niños y que en su no llegada, no cesa de siempre estar: “seguramente a más de uno ya se le habrá acabado el mundo / pero permanecen como sombras, / como iguales a nosotros / a pesar de todo. / Y a pesar de todo, y confundidos con nosotros, / siguen esperando ese fin del mundo categórico, / sin ninguna duda, que nos revele a todos como iguales, / como parte de este mundo, / como sobrevivientes de este mundo.”

No estamos solos, estamos cómplices ante un fin del mundo que no acaba de ser. Así sobre-vivimos en este campo, guarecidos en la pirámide de piedras que podrían ser cualquier cosa: vitrina u hospicio, da igual, todo será al fin, parafraseando a Buber, amontonamiento, un secreto sin misterio, esa palabra que aún brilla, como el polvo: “sobre el misterio / brilla el sol [...] / sólo el milagro que esperamos se realice / nos congrega aquí; / sólo esa falta / y la enorme necesidad de dar gracias, / de narrar un testimonio / que nos devuelva el cielo / aquí en la tierra.”

A pesar de que se sabe, como dijo ya uno de los Pessos, que *el único misterio es que haya quien piense en el misterio*, se cree en él. Se espera eso que falta y que es también la falta de esperarlo, todo por el vicio y el deseo, la urgencia de dar gracias, y la verdadera urgencia: la de encontrarle alguna gracia a todo esto.

DESDE AHÍ, CAMPO ALASKA CIERRA CON UN PLANTEAMIENTO INTERESANTE ACERCA DE LO REAL QUE HERMANA, A MI PARECER, A DOS DE LAS POSTURAS FILOSÓFICAS MÁS DISÍMILES.

DIEZ, A LA ORILLA DE LA CARRETERA

“Dibujo un sol muy cerca del sol, / una luna, muy cerca de la luna / y un mar donde debiera estar el mar; / después los coloreo / con los doce colores de mi caja de crayones. / Queda impecable: / el sol es el sol, / la luna la luna / y el mar lo moja todo. [...] / Pero una nube, / que no recuerdo haber dibujado, / crece desde un extremo / y amenaza con cubrirlo todo.” En este último apartado sucede la borradura del paisaje, lo único que permanece es la extrañeza, la ajenez, como de cuando *Estábamos tan cerca pero nada nos competía*. *Campo Alaska* nos deja con la sensación de que algo por fin ha sido dado, algo como *unas flores blancas a la orilla de la carretera*, o una raíz que destruye el concreto, una belleza así de inusitada y efímera. Convive con esta gracia la sensación de algo que ha sido perdido, aunque no se tuvo nunca: “No es que estuviéramos lejos contemplando un paisaje diferente, / era saber que algo ya no estaba, / que esa pequeña joya la habíamos perdido / aunque nunca la hubiéramos visto, / aunque nunca antes hubiéramos sentido / la necesidad de su presencia.”

Esa gema-ahí, como una joya desheredada de generación en generación, puede ser la metáfora de una vida que no ha pasado sino en el texto y en ti. Hay un poema donde José Javier Villarreal hace una reflexión interesante sobre la necesaria ficcionalización de la vida para que la escritura sea real: “Sé que cuando Guillermo de Aquitania redactó su poema donde intenta escribir / sobre absolutamente nada / estaba triste y no sobre su caballo; [...] / pero, ¿por qué escribir un poema sobre absolutamente nada? / ¿Por qué fingir que se está sobre un caballo / viendo la línea del horizonte?”

Yo me respondo: porque es necesario fingir la vida, fingir incluso el dolor, tan completamente, hasta sentirlo, como había dicho Pessoa, para que la escritura sea posible. Es necesario fingir cabalgar para hacer florecer al caballo en el poema o para, en términos del propio José Javier Villarreal, presentificarlo, recordándonos que todo —en este libro y en todo— es, aunque no sea, o aunque sea *mera* literatura.

En uno de los últimos poemas, construido como una lista de datos históricos, hay un momento en que el texto se cuestiona a sí mismo: “sigo haciendo una relación, un listado de acontecimientos que nada tiene que ver con la realidad,” y entonces se pregunta: “¿será la realidad tan difícil de apresar?” Luego de hacer alusión a la relatividad de Einstein, y decir que esta tampoco dice o es la realidad, Villarreal escribe que: “Borges escribió que la poesía era tan real e inexplicable como el sabor de una fruta / o la proximidad de una mujer; / pero esto tampoco es la poesía; más bien parece ser una definición de la realidad, / de eso que, desde el principio, / se ha querido mostrar.” Y sí, la poesía es *tan* real pero no es lo real, la poesía es lo que es. Y aunque son cosas o dimensiones distintas, poesía y realidad coinciden en algo: ninguna se demuestra, ambas se muestran.

Desde ahí, *Campo Alaska* cierra con un planteamiento interesante acerca de lo real que hermana, a mi parecer, a dos de las posturas filosóficas más disímiles. En el penúltimo poema se escribe de: “Escribir un poema, un gran poema, de esos llamados clásicos, donde todo cupiera [...] / y nadie muriera aunque todos fuéramos conscientes que la muerte es parte de la vida. / Un poema que no terminara, que no tuviera un gran final ni siquiera uno mediano [...] Un poema que no terminara, que sólo fluyera como un pequeño río que no se olvida.” Este poema deseado, el poema siempre idéntico a lo distinto de sí mismo, nos recuerda a Heráclito y su río de cambio perpetuo. Pero para *contradecirlo*, aparecen los últimos versos del último poema de este libro, que nos recuerdan al principio de identidad de Parménides y lo nunca dos veces distinto de sí. Son dos versos breves, definitivos, dicen: “un cielo / que no se quiere ir.”

En estos términos de paradoja y confluencia leo *Campo Alaska* como el lugar desde donde se señala lo que es y no puede no ser, aunque tampoco se pueda determinar con certeza qué sea, sino apenas que es algo *idénticamente distinto* de sí. Así leo este libro, como un descampado de posibilidades donde la palabra arderá, radiante, como la nieve ahí, aunque no se la ve. 